

CARD. GIUSEPPE (JOSÉ) SIRI
Dogma e liturgia. Istruzioni dottrinali e norme pastorali dell'Arcivescovo di Genova sul culto eucaristico e sulla riforma liturgica promossa dal Vaticano II.

(Dogma y liturgia. Instrucciones doctrinales y normas pastorales del Arzobispo de Génova sobre el culto eucarístico y sobre la reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II).

Selección de escritos hecha por
 Mons. Antonio Livi.

Casa Editrice Leonardo da Vinci,
 Roma 2014, 223 pp.

Hay libros cuya lectura asombran. Éste es uno de ellos. ¿Por qué? Por un par de razones.

Una, porque el año 1970-1971 (recordemos que en el hemisferio norte el año de actividades comienza en setiembre-octubre y termina en junio del año siguiente) había establecido un año de la Eucaristía, finalizando con un congreso dedicado al gran misterio de nuestra fe y desde octubre a abril de 1971 escribió seis cartas pastorales sobre el tema... como la adoración Eucarística, la participación de los fieles a la Misa, el esfuerzo de los sacerdotes en la pastoral eucarística.

La otra, porque estableció el año

1971-1972 el «año pastoral de la Santa Misa» y cada mes escribió cartas pastorales (seis en total).

Hay otros motivos que asombran de este libro y es el contenido de algunas de esas cartas pastorales. ¿Por qué estableció un año pastoral de la Santa Misa? Lo dice en la primera de las cartas: «El motivo de esta iniciativa es simple. Muchos no sienten el deber grave de participar en la Misa festiva. Es necesario reconducirlos. ¿Cuál es el motivo de tal ausencia? Hay un motivo externo configurado en el turismo del fin de semana [...] Pero hay un motivo interior mucho más grave y profundo: la insensibilidad de la conciencia religiosa y, la causa de ésta, la ignorancia catequética» (p. 27). «Os pedimos de advertir pronto que en la mayor parte de las parroquias ha disminuido la afluencia a la santa Misa –escribía esto en 1970– y esto no obstante todas las innovaciones y las facilidades que se han hecho abundantemente. Solo el conocimiento del dogma –subrayado del Card.–, maravillosa causa para estar delante de la Divina Presencia y de participar a una acción más grande que el cosmos, salvará la afluencia del pueblo al Santo Sacrificio» (p. 135). «Cuando uno sabe de todo esto [la sustancia del Santo Sacri-

RECENSIONES

ficio] no hay necesidad que se recomiende el silencio, la participación, el decoro» (p. 133).

Espigando en el contenido de las diversas cartas pastorales encontramos, además, lo siguiente: la santa Misa como el sacrificio que actualiza el sacrificio de Cristo y que aplica los frutos (cf. pp. 131-132); el valor en sí mismo de la Misa (cf. p. 90); la falta de preparación a la Misa «es un síntoma del debilitamiento de lo sagrado, de lo divino y de lo eterno» (p. 96); la importancia de mantener íntegra la fe de la doctrina católica sobre la Adoración Eucarística so pena de la destrucción en el alma de la fe en la Eucaristía (cf. p. 100-110); la oración pública y privada delante del Santísimo (cf. pp. 110-111); cómo se debe participar en la Santa Misa (si no se conoce qué es la Santa Misa, no se puede participar bien y con fruto) (cf. pp. 134-135)...

En dichas cartas descendía a lo particular: consejos sobre cómo participar con fruto en la Misa; cosas que el sacerdote debe tener en cuenta, por ejemplo, pronunciar bien los textos; atención al altar («el altar no puede ser “mesa”, debe ser “ara” y aquí hay una cuestión teológica» p. 90) y manteles y demás ornamentos («deben ser lo mejor de nuestras posibilidades»

p. 90); hacer bien la genuflexión (cf. p. 150); los cantos en la Misa («estamos bien decididos a impedir de cualquier manera que los instrumentos, el ritmo, el canto de las salas de baile entren en la Iglesia» p. 176); hace referencia a cómo debe ser la catequesis sobre este tema (cf. p. 151); la predicación «debe transformarse en sustancial» (p. 137); cómo deben comportarse los acólitos y lectores: «la Misa dignamente participada comienza mucho antes de que se la celebre» (p. 138); para un recto conocimiento de la doctrina sobre la Misa «no basta haber aprendido bien el catecismo, sino haber también rezado y meditado en él» (p. 142); recuerda que para favorecer la participación en la Misa es necesario recurrir a «los instrumentos típicos de la vida espiritual: confesión, dirección espiritual, meditación. Quien deja de lado esto, no tendrá más participantes en la Misa» (p. 143)...

Algunos textos que continúan el asombro:

«Debemos aprovechar este año eucarístico para remediar uno de los más evidentes defectos de la piedad cristiana: la casi completa abolición de la preparación y de la acción de gracias a la Comunión» (p. 95). Interesante objetivo del año eucarístico.

No se puede callar la preparación «inmediata [a la Santa Misa]: la breve reflexión sobre la grandeza y dignidad del Sacrificio, las particulares intenciones por las cuales se lo quiere ofrecer, el ejercicio del recogimiento y de la atención, hecho sobre todo con estos grandes y solemnes recuerdos» (p. 143).

«La emotividad tiene un límite e impedimentos, sólo los principios resisten» (p.155).

«Debemos tender a una “verdadera asistencia” [a la Misa] [...] Para tener una verdadera asistencia a la santa Misa, es necesario conocer la sustancia teológica de ella [...] La santa Misa es la renovación del Sacrificio de la Cruz en modo incruento [...] La renovación no repite el mérito del sacrificio de la cruz, sino que aplica indefinidamente aquél, que tiene un valor divino. La aplicación siempre se da de suyo, cualquiera sea la dignidad del sacerdote celebrante, la santidad de los que ofrecen el sacrificio y de los participantes, pero puede ser aumentada por el estado sobrenatural, por la actual devoción y por el sacrificio de los mismos» (pp. 132-133).

«El valor de la santa Misa se deduce del mismo valor de Cristo Dios. Es lógico que el valor y la dignidad del Sacrificio de la Misa sean conmensurados al valor de

Cristo Dios y por tanto son infinitos. De esta gran verdad, para muchos escondida por las humildes apariencias con las cuales se celebra la santa Misa, se debe tener mucha atención» (p. 89).

«Para entender la centralidad resolutive del Sacrificio de Cristo, que se renueva en la Misa, es necesario leer toda la carta de San Pablo a los Hebreos. Habiendo dicho esto, no es difícil entender que la Santa Misa constituye una obligación grave. Nuestro futuro y del mundo está ahí» (p. 87).

El Card. Siri fue Arzobispo de Génova durante 41 años: desde 1946 a 1987. Falleció en 1989. Fue el autor de un libro que hizo época: «Getsemaní. Reflexiones sobre el movimiento teológico contemporáneo» publicado en 1980. Allí descubre los errores de Henri de Lubac, Karl Rahner y Jacques Maritain y aclara los principios que rigen el cambio de este mundo moderno: la conciencia histórica, la hermenéutica y la referencia existencial, con los cuales principios se pretende fundar un nuevo modo de filosofar y de hacer teología que, manteniendo las palabras, cambia el significado que se transforma en una «polivalencia y dispersión».

También escribió para su dióce-

sis 10 cartas pastorales sobre la ortodoxia, comenzando así: «Queridos hermanos, la verdad sobre todo. La verdad, cualquier verdad, tiene el fundamento en Dios y esta es la razón por la cual cualquier error antes o después turba las relaciones con Dios».

Asombra, finalmente, la claridad de la exposición y que vaya a lo central del misterio de la Eucaristía y de la Santa Misa, apuntando a lo que escribió San Juan Pablo II en la Ecclesia de Eucharistia: «Con la presente Carta encíclica, deseo suscitar este “asombro” eucarístico» (n.6).

P. Lic. Omar Mazzeza, IVE

PEDRO BETETA LÓPEZ

Vida de Jesús. San Juan Pablo II
 RIALP, Madrid 2015, 176 pp.

El lector podrá preguntarse lo mismo que yo me pregunté al ver el libro expuesto a la venta. ¿Vida de Jesús de Juan Pablo II? ¿Pero si el Papa Magno no escribió ninguna Vida de Jesús? Basta leer un poco más abajo, en la tapa misma del libro, para salir de la duda: «selección de textos».

Querido lector ha llegado a mis manos este libro Vida de Jesús, de

la Editorial RIALP, S. A, de la sección Libro de Espiritualidad, en el cual Pedro Beteta López, ha realizado una adecuada recopilación de textos del Magisterio de San Juan Pablo Magno, trabajo que ha realizado de tal modo que ha logrado una profunda, hermosa y amena vida de Jesús, Señor de la historia. Hay que destacar el conocimiento y manejo que el autor tiene del Magisterio del Papa Magno, para lograr, en ocho capítulos, en tan sólo 176 páginas una obra tan útil para alimentar nuestra alma en el Misterio central de nuestra fe, Jesucristo, Verbo Encarnado, junto a las fuentes mismas del Magisterio de la Iglesia.

Sí, una Vida de Jesús, que el Sumo Pontífice no escribió al modo de libro, pero a lo largo de su Magisterio Pontificio dio a conocer con un celo, claridad y profundidad admirable, propio de las almas enamoradas de Dios, y cuya enseñanza se convirtió en su gran preocupación, dar a conocer a Cristo ya que son muchas las almas que lo ignoran.

Goza el libro de la infabilidad del Magisterio Pontificio, ya que el recopilador de textos sólo se ha reducido a introducir los ladillos al modo de nexo entre los diversos textos, como él mismo aclara en la introducción.

A medida que vaya pasando las hojas, le llamará la atención al lector, el nutrido número de citas recopiladas por el autor de las predicaciones realizadas en los momentos más variados, en las circunstancias históricas y existenciales más diversas, en los lugares geográficos más distantes, a los oyentes más diversos en edad, sexo, condición social, lenguas, entre ellos encontramos jóvenes, niños, matrimonios, ancianos, enfermos, de los cinco continentes. A ejemplo del Divino Maestro que recorría las aldeas y los lugares desiertos, San Juan Pablo II fue anunciando desde el inicio hasta el final de su Pontificado el Misterio de Cristo por medios de encíclicas, cartas apostólicas, discursos, homilias, audiencias, catequesis, mostrando allí la universalidad del mensaje de Jesucristo, y su deseo ardiente de darlo a conocer.

Esta obra no es sino el resultado de ese amor que es difusivo de sí, del cual el Papa Wojtyla estaba lleno y lo llevaba a buscar diversos modos, a fin que el mayor número de almas llegaran a su conocimiento y amor. Estaba convencido que no hay otro nombre bajo el cielo por el cual podamos salvarnos.

Ya desde el primer capítulo, pre-

senta de modo inequívoco el misterio del Verbo Encarnado en la unión de las naturalezas divina y humana en la persona única del Verbo, única capaz de llevar a cabo sobreabundantemente la redención del género humano. A su vez, no deja lugar a dudas, contra ciertas corrientes modernistas la conciencia que Cristo tenía de su misión salvífica desde el momento mismo de su Encarnación. Misterio que alcanzará su cumbre en el misterio Pascual, Pasión, muerte y Resurrección y cuya obra continuará la Iglesia nacida en Pentecostés hasta el fin de los tiempos.

El deseo de Dios de que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, está claramente presente como deseo intenso en el corazón del Santo Padre al dirigir su mensaje de salvación para que impregne y transforme a todos los hombres, y todo lo auténticamente humano, a saber, la familia, el matrimonio, el sufrimiento, el dolor, las relaciones humanas, la vida, la muerte, etc.

Para el santo Padre, el cristianismo, no es una teoría o simplemente una doctrina que aprender, sino que es un encuentro personal con una persona, Jesucristo, por lo cual, expresa en repetidas ocasiones y podrá comprobarlo el lector

RECENSIONES

a medida que vaya avanzando en la lectura del libro las aplicaciones prácticas para llevar al día a día el Evangelio de Jesucristo.

El texto deja en evidencia el gran amor que San Juan Pablo II tenía por las Sagradas Escrituras, en cuanto ellas aparecen prácticamente como fuente única en la cual abrevaba su sed de conocimiento y amor de Jesucristo. Cristo una vez contemplado, transforma y configura al hombre y alumbraba el sendero de la vida ordinaria.

Agradezco a la Editorial RIALP y al sr. Pedro Beteta López, por la publicación de esta adecuada obra de recopilación de textos, al cumplirse el primer año de la canonización de San Juan Pablo II, que ofrece al lector un comentario de la Vida de Jesús, siguiendo el hilo de los relatos que nos presentan los santos Evangelios.

Agradezco a Dios el don del Pontificado de san Juan Pablo II, bajo el cual hemos nacido, del cual nos hemos alimentado y del cual se alimentarán largas generaciones.

Agradezco a María Santísima por habernos dado en la persona del Papa santo una fiel imagen de su Hijo Jesucristo.

P. Lic. Pablo E. Di Césare, IVE

MONJES DEL INSTITUTO DEL
VERBO ENCARNADO

Los oyó todo Barbastro... Vida y martirio de los beatos mártires benedictinos del Pueyo

Magthas Ediciones, Monasterio del Pueyo 2015, 205 pp.

Todo Barbastro los oyó, cuando iban camino del martirio como quienes van a una fiesta, viviendo a su Rey y Señor, porque la sangre de los mártires grita unida a la de Cristo, y habla mejor que la de Abel (Heb 12, 24). Los oyó todo Barbastro, los oyó todo el Cielo, y lo oyen los monjes del Verbo Encarnado cada mañana en el altar, que contiene dignamente sus reliquias; lo oyen en el Coro, en el refectorio, en el claustro, en las celdas, y en cada rincón del Monasterio enclavado en la cima de la «montaña de Dios», en la que los jóvenes benedictinos daban su vida gota a gota antes de darla.

Y la daban, –estaban ya acostumbrados a hacerlo– precisamente acudiendo cada día al misterio de la oración como a una fiesta de Bodas, que es en verdad de lo que se trata, (según la interpretación de Santo Tomás de Aquino al texto joánico de las Bodas de Caná), porque la oración es el misterio de las bodas de cada alma

con el Divino Esposo. ¡Ellos iban a la oración como a una boda! Iban a ser transformados en el vino nuevo del Corazón de Jesús.

Los monjes podienses quieren difundir con el presente volumen, a los cuatro vientos del orbe, el heroico grito entintado, y al mismo tiempo, tributar a sus ilustres predecesores, el honor que se debe a los santos, que son también patronos de la rama monástica del IVE, proponiéndose el ser ecos de su grito.

Se trata de una «pequeña obra» muy bien documentada, escrita por varias plumas, monjes de diversos monasterios, pero –rara empresa– sin desmedro de la unidad. Unidad en el estilo, de manera que cada una de las sucintas hagiografías (18) podría adjudicarse al mismo autor; pero también unidad de toda la concepción de la obra, con una visión a la vez concisa y acabada, que denota un profundo conocimiento de la geografía, de la historia, de la teología del martirio, del carácter y la espiritualidad forjados en «nuestros» mártires.

«Nuestros»... Cabe destacar esta primera persona que recurrirá en el pasar de las páginas, y se justifica por la cercanía física (por lo ya dicho: los monjes habitan la Casa de

la Virgen, el Monasterio donde vivieron los beatos) y sobre todo, espiritual, al menos en la intención, en el ideal de alcanzar también estos monjes y, por qué no, todo el que lea estas páginas, el «pueyo» («podio») de la santidad. «Nuestros», en fin, por el patronazgo que ejercen los 18 benedictinos en toda la rama monástica del IVE.

Merece un paréntesis el conocimiento de la historia, para nada simple, en que se desarrollaron los hechos que aquí se narran, en particular de la diócesis de Barbastro, «diócesis mártir por excelencia» (fue martirizado el 87, 8% del clero, Cf. Cap. 7), destacándose el autor (y se me permita atribuir estos conceptos al P. J.M. Rossi, claro artífice de la mencionada unidad, y que ha investigado diligentemente las fuentes) por un equilibrado y bien objetivo juicio global de lo que fue la cruenta persecución religiosa durante la Segunda República española (1931-1939), que desatara la Guerra Civil (1936-1939). En ese período dieron su vida por Cristo, más de 7.000 eclesiásticos (y más de 10.000 laicos), de los cuales 2.365 fueron religiosos (72 monjes, entre los cuales, «nuestros» 18). Hace el autor un juicio de la historia sin apasionamientos de ningún tipo, ni arbitrarias «canonizaciones», ni descalificaciones prejuiciosas, y

RECENSIONES

todo ello en la perspectiva de la Divina Providencia, que es la perspectiva con que vivieron los hechos «nuestros mártires». En esto, pues, no se ha hecho otra cosa que continuar la senda trazada por los mismos mártires, fieles al «camino real» primero surcado por el mismo Cristo: el del perdón a los enemigos y el del ofrecimiento de la propia sangre, no para clamar venganza, sino para ser instrumentos de reconciliación, «sin apartarnos ni a derecha ni a izquierda del camino que nos señala con su Pasión y con su Cruz, Nuestro Señor Jesucristo, el único que tiene palabras de vida eterna (Jn 6, 68)».

El martirio de los benedictinos del Pueyo, se circunscribe en esa mirada teológica y providencial tan sencillamente descrita por el Hermano trapense, San Rafael Arnáiz, contemporáneo de estos sucesos, en la Trapa de San Isidro de Dueñas: «Todo lo que en España está pasando es una prueba de la misericordia divina. La impiedad entre los malos reinaba a cara descubierta. La apatía y tibieza se apoderaba de los buenos, y por todos lados se filtraba la inmoralidad y el paganismo. España necesitaba una sacudida, necesitaba una limpieza. Necesitaba una reacción...Necesitaba incluso mártires que mueran

por ella...», y fueron miles de mártires, los que con su sangre derramada volvieron a señalar el rumbo de la hispanidad perdida, que es el rumbo de las grandes gestas por la propagación del Reino de Cristo. ¿Habremos aprendido la lección? Están ellos ahí, los mártires, para señalarnos siempre el camino de la hispanidad, aquella «idea» que, para decirlo con R. de Maeztu, «seguiré saltando de los libros de mística y ascética a las páginas de la historia universal», y podríamos añadir, «a las páginas del Martirologio Romano».

Con el valioso Prólogo del testigo de los testigos, hoy P. Benigno Benabarre Vigo, osb, misionero en Filipinas, se da paso al 1º Capítulo, que describe pintoresca y vivamente, –tanto que nos pareciera respirar sus aires– el «Pueyo de Barbastro», «podio a las puertas mismas de la Gloria», podio en el que hoy fueron ensalzados quienes se humillaron hasta el martirio. El nombre, la geografía, la historia –desde San Balandrán hasta nuestros días–, la iglesia, y la memorable gesta de los barbastrenses, que recuperaron para Nuestra Señora, redimiendo literalmente (volviendo a comprar lo que era suyo) en ardua y «ecuestre» subasta, las tierras del Santuario, que habían sido confiscadas en tiempos de la «desamortización»

(1843), van ambientando al lector a lo que significaba para los monjes este Santuario.

Seguidamente, el libro relata cómo se formó la comunidad benedictina de los que luego serían mártires, y hace una semblanza de cada uno de ellos, como un cuadro de pocos trazos, y que puede leerse en las vívidas Letanías que obran en el Apéndice, y en las espléndidas imágenes talladas en madera en los talleres ecuatorianos de Ibarra, para el que tenga la dicha de peregrinar al Santuario del Pueyo. Se trata de un «boceto del cuerpo y del alma de cada uno de estos grandes de la fe, cada uno con sus defectos y su lucha personal por la santidad...». No son retratos recortados y adornados de santos de «stampita», sino de verdaderos héroes que conquistaron el Ideal, por eso podemos vernos reflejados en cada uno de ellos. Se ve cómo se santificaron llevando hasta el extremo el apotegma de san Benito de «nada anteponer a Jesucristo», pues no amaron tanto su vida, que temieran la muerte (Ap 12, 11).

El libro termina con la historia conjunta del martirio, emotivo relato que da cuenta de los últimos días pasados por la dichosa comunidad benedictina en el Colegio de los Escolapios de Barbastro,

donde se hallaban también el señor Obispo, que se destacó por su doloroso y heroico martirio, y los claretianos, y consta la apacible caridad que allí se vivía y que sería sellada con la muerte, pues nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos (Jn 15, 3).

De la glorificación de los mártires, merece la pena —y lo dejamos como una muestra de la calidad literaria de toda la obra— lo que fuera el traslado de las reliquias al nuevo altar, «fue un signo por demás elocuente. A los monjes, la tarde del 22 de julio de 1936, se los llevaron los milicianos (el bando comunista y revolucionario) desde el Pueyo, hacia el pie del Monte, a un caserón de campo que allí había, llamado el Mesón o Mesonet, donde pasaron, sobre el duro suelo y un techo de estrellas, la primera noche de prisión (ésta duraría más de un mes, hasta el holocausto final, el 28 de agosto).

»Dios hace justicia, y esta procesión, al son de trompetas, tambores y Ave Marías, fue el regreso de los monjes mártires a su tan amado Monasterio, al que tanto amaron, con su oración, trabajo y servicio fiel a Dios.

»Se los habían llevado indignamente, con armas y amenazas, objetos del odio desatado de Satanás

RECENSIONES

en los perseguidores. Ahora volían gloriosamente ya beatos, ensalzados por Dios y los hombres, por haberse humillado y haber perseverado fieles en la prueba. Tuvimos la gracia de estar en esa procesión» (p. 178).

La santidad y el martirio, son obra de Dios, que «al coronar sus méritos, corona su propia obra» (Prefacio de los santos): Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también los justificó; a los que justificó, a éstos también los glorificó (8, 29-30).

*P. Lic. Jon Mikel
de Arza Blanco, IVE*

HERNÁN M CAPIZZANO
Exploradores de Don Bosco.
Origen y fundación

Ediciones del Centenario 1915-
2015, Buenos Aires, 2015,
150 pp.

Hernán M. Capizzano, explorador veterano, nos ofrece este nuevo trabajo sobre el origen y la fundación de los Exploradores de Don Bosco, en el centenario de su

creación. Lo hace como testimonio de gratitud hacia esta institución salesiana que tanto bien hizo con sus valores y mística. Recalcamos el adjetivo «salesiana» porque es muy común creer que el origen de esta institución está en los «Boy-Scouts». Esto es totalmente erróneo y queda demostrado, con documentación fehaciente, que el origen es el mismo de los Oratorios.

Entonces, un primer mérito para señalar, al abordar el libro, es que el autor se nutre para su investigación de fuentes escritas y orales.

Muy significativos resultan también los capítulos III y IV, referidos a los fundadores y a la fundación. Sobre todo porque nos ilustra sobre la vida de ese gran sacerdote que fuera el P. Lorenzo Massa. El «Cura Lorenzo» evitaba adjudicarse la fundación de los exploradores y concedía todo el crédito y honor a su admirado P. Vespignani. Y aquí cobra sentido lo afirmado por Capizzano: «*A quien desee profundizar la cuestión se le presentará un verdadero obstáculo en el camino hacia la verdad: la humildad del padre Lorenzo Massa. Esta virtud propia de los santos constituye un inconveniente casi insuperable*» (p. 37).

Pero la otra gran valía de esta obra es recordar los valores y la mística exploradoril infundidos

por estos hombres de Dios; cómo supieron ser fieles a las fuentes y a ese carisma heredado del primitivo Valdocco. La vida interior del joven debía estar identificada plenamente con los Diez Mandamientos. Así fue como el P. Vespignani, entonces, concretó la «Ley de Honor». Esta despertó en aquellos jóvenes el deseo de perfección cristiana. El honor consistía en cumplirla fielmente para llegar a ser buenos cristianos y patriotas.

¡Sería muy loable que los responsables de los grupos juveniles leyera y meditaran esta Ley! Y nos referimos a grupos apostólicos en general, no sólo salesianos. Muy pronto, las cosas podrían ir mejorando en esta bendita tierra Argentina. Porque como dejó plasmado el P. Vespignani, con estos diez preceptos de la Ley de Honor: «... se educa y se forma el Criterio sano, la Conciencia recta, y el Carácter firme e inflexible del niño Oratoriano Explorador de Don Bosco» (p. 73).

Breve pero enjundioso, también el lector conocerá cómo se organizaban los batallones y los logros experimentados con el crecimiento espiritual de los Exploradores. También las duras pruebas, ataques y oposiciones que sufrieron.

En fin, no podemos dejar de alegrarnos por este libro, publicado ya el año pasado. Y lo recomendamos vivamente.

Quiera la Virgen Capitana María Auxiliadora, Don Bosco y todos aquellos infatigables y celosos sacerdotes que la lectura de estas páginas saque a muchos del letargo en que se encuentran sumergidos.

Daniel O. González Céspedes